

LA DEMOCRACIA EN EL RÍO DE LA PLATA DE AQUI A FINES DEL SIGLO *

Por el Académico DR. NATALIO R. BOTANA

I

EL LEGADO DE UN PASADO CIVILIZADO

Debo comenzar con la ayuda de Groussac y de Michelet. Groussac decía que en aquel portentoso historiador habitaba el raro don de la evocación, la cual “en su sentido propio —proseguía el autor de *Los que pasaban*— significa el acto de llamar a sí, con obras mágicas, las sombras de los muertos”. Siempre he desconfiado de este estilo que, en gran medida, impregna al romanticismo histórico. Pero al abrir algunas reflexiones acerca de la democracia en este atardecer de Montevideo, respondiendo a la generosa invitación del señor presidente de la República, Julio María Sanguinetti, confieso que la evocación ha vencido muchas resistencias, pues me une al Uruguay, a esta ciudad y a su tierra el entrañable afecto que deja en nosotros la memoria familiar. Les ruego excusen esta expresión de sentimientos en quien se ha ocupado deliberadamente de cosas ajenas al testimonio personal. Debía hacerlo para que los recuerdos no acusaran con toda razón de mezquino a este, ahora sí, necesario prólogo.

* Conferencia que pronunció el autor en el salón de actos del Edificio Libertad, en Montevideo, invitado por el señor presidente de la República Oriental del Uruguay, Julio María Sanguinetti, el 31 de octubre de 1989.

LA CIVILIZACIÓN DEL PLATA

Vuelvo entonces al tema propuesto. ¿Por qué la democracia en el Río de la Plata de aquí a fin de siglo? Reconozco, una vez más, la extrema dificultad de interrogar en estas latitudes a nuestro mundo histórico desde la poco confortable posición de un observador comprometido, según autodefinición de Raymond Aron. Cada sociedad tiene su historia y la reescribe a medida que cambia. En esta geografía bañada por dos ríos y un estuario, la historia tuvo un destino singular. Guerrearon luego de la Independencia bandos y divisas hasta que finalmente, pactada la concordia en torno de una legitimidad constitucional siempre incompleta y perfectible, las aletargadas aldeas del antiguo régimen comenzaron a convertirse en ciudades.

Toda América latina, en algún momento del pasado siglo, creyó que entraba en la aventura de la modernidad. Muy pocas regiones, sin embargo, lograron quebrar la fatalidad de ese universo colonial, temeroso y huraño frente a la promesa de la libertad, como estas tierras del Plata. La fortuna hizo lo suyo. La colonización española de esta parte del Atlántico apuntó una línea de interpretación consagrada por nuestra primera historiografía, no se topó con el obstáculo de una cultura ancestral con sus creencias y jerarquías, con sus reyes y sacerdotes.

El mito de la tierra vacía, el desierto, de esa Edad Media sin espíritu ni castillos —así se lamentaba Sarmiento en el *Facundo*— que arrojaba a los pueblos dispersos, casi sin quererlo, en busca de una primera síntesis entre libertad e igualdad. No vivieron lo suficiente nuestros padres fundadores para que esa esperanza se materializara. En rigor, jamás la democracia podrá sosegar enteramente al hombre gracias a una total reconciliación entre libertad e igualdad. Son dos caras de la naturaleza humana en perpetua tensión: el hombre que defiende y perfecciona su libertad individual; el hombre que quiere llevar a cabo un proyecto colectivo y gobernar en nombre de todos.

Pero si bien el proyecto de la república democrática no llegó a consumarse y sigue siendo para nosotros el único horizonte deseable, hubo un período en nuestras historias, olvidado acaso en las naciones centrales, en el cual una

curiosa amalgama de procesos voluntarios con innumerables acciones imprevisibles hizo florecer en el Plata lo que en otros continentes sin duda habría merecido el nombre de civilización. Claro está: la palabra puede sonar ampulosa. En todo caso, en la perspectiva que ofrecen unos resultados que el historiador comprueba, nuestras ciudades y algunas campañas circundantes abrieron sus puertas, hacia fines del ochocientos, a un excepcional flujo humano de migraciones externas.

No quiero detenerme en cifras conocidas ni ilustrar con detalle lo que significó salir en pocas décadas del estado de naturaleza para entrar en un orden político donde el monopolio de la coacción no cercenara un conjunto de esenciales derechos humanos. Sí, en cambio, quisiera advertir que aquel primer intento de integración cultural no sólo corrió parejo con el ejercicio activo de unas libertades cotidianas hasta entonces desconocidas (cuyo destino: sueños, frustración y lenguaje recogieran la narrativa, el teatro y la poesía del Plata), sino también permitió salvar a un fragmento del género humano de la gran hecatombe del siglo xx. Me parece necesario, es casi un deber de la inteligencia para recuperar una dignidad perdida, regresar por un instante a esa época tenebrosa que nació en las trincheras del 14.

GUERRA Y TOTALITARISMOS

El siglo xx no ha tenido mucha misericordia con las instituciones políticas. Las formas de gobierno capaces de dar cauce a la dignidad humana mediante la separación de poderes y las declaraciones de derechos y garantías son hijas de la Ilustración y de las corrientes de ideas que, entremezcladas con fuerzas radicalmente opuestas, estallaron en las revoluciones liberales. Rara vez se destacan en la historia los momentos de invención institucional. Por lo menos aquellos que se escalonaron durante casi un siglo, a partir de 1787, han tenido la rara virtud de soportar a pie firme el vendaval de las primeras décadas de este siglo.

La ruptura del mundo que permitió al Plata crecer y prosperar posiblemente sea un doloroso ejemplo de la

arrogancia humana. No hay peor enemigo de la vieja virtud de la prudencia que un gobernante torpemente convencido de que puede controlar completamente los efectos de sus decisiones. Los ejércitos europeos marcharon en el 14 a la guerra dispuestos a repetir una de las tantas contiendas limitadas de antaño. Bastaron pocos años para que quienes engendraron tal estado de cosas vieran despavoridos cómo sobre los escombros se erguía una forma de dominación desconocida por la historia y la teoría.

El totalitarismo que se extendió como una marea incontenible por Europa y más tarde por Asia y América no era una forma política entendible con las categorías de la teoría clásica: no había allí ni tiranía, ni autocracia, ni aun despotismo. Era una forma nueva que cabalgaba sobre un repudio visceral de todo aquello que la razón y la experiencia habían acumulado en las instituciones del gobierno representativo y que arrancaba del fáustico poder desencadenado por la primera revolución industrial los recursos necesarios para construir un Estado omnipresente. Nunca el designio humano logró atravesar las fronteras del espanto como en el tiempo que siguió a la Primera Guerra Mundial.

Es difícil precisar con exactitud desde cuándo y hasta dónde se extiende en el siglo xx la era de los totalitarismos. Presiento que cuando la mirada del historiador instalado en el porvenir recorra ese panorama atroz y pretenda dilucidar el significado de aquel fenómeno tendrá que detenerse en algunas regiones del planeta, prestando menos atención a otros países en los cuales la pasión ideológica no caló con tanta hondura.

No obstante, valga esta paradoja: entre las dos guerras mundiales una parte importante de lo que en el siglo xix se entendía era el centro de la civilización engendró y padeció el flagelo del poder total, mientras muchos países de la periferia gozaron de una libertad y de una escala de civilización comparativamente muy superior.

Las dos naciones del Plata, el Uruguay y la Argentina, tuvieron esa oportunidad. Disfrutaron ambas, durante medio siglo, del raro privilegio de pertenecer a una periferia digna donde valía la pena llegar, albergarse y dejar que la vida transcurriera en paz. Un crítico forjado al calor de interpretaciones económicas, muy en boga hasta hace po-

cos años, podrá alegar que tal circunstancia obedeció a una conjunción favorable de factores externos: buen clima, alimentos baratos, excedentes ventajosos, sociedades que los consumían y pagaban por ellos. Razones no faltan para abonar una teoría que ha tenido distinguidos expositores.

Permítaseme aducir, sin embargo, que no todo fue producto del factor externo, que aquí, en este rincón apartado, muchas generaciones dieron fe a una concepción de la sociedad abierta y que, al fin de cuentas, esos hombres creyeron en la bondad de la democracia constitucional. En aquellos años no toda la periferia era prenda de seguridad: sobrevivían tenazmente en América latina dictaduras tradicionales y guerras intestinas. No se diga, por tanto, que el Uruguay y la Argentina de las primeras décadas de este siglo fueron países bendecidos exclusivamente por la casualidad, como si al toparse con la desdicha ajena hubiesen obtenido un premio sin ninguna clase de merecimiento.

EL DISCURSO DE LA DECADENCIA

A la paradoja que recién apuntábamos se sumó de inmediato un segundo problema: la importación de lo que en otros contextos mereció el mote de malestar de la cultura. Ese malestar no era producto nuestro, pero llegaba al Plata en mil ideas impresas que decretaban la muerte de la civilización de las libertades.

El intelectual de entreguerras se convertía con facilidad en profeta de la decadencia y en arquitecto de utopías. Los pensamientos reaccionarios y revolucionarios —tan distantes a primera vista— tenían en común el desprecio a una civilización cuyo destino, se creía, estaba definitivamente sellado. Unos clamaban por la restauración de la fuerza y de la voluntad para eliminar de cuajo, por inservible, el gobierno de la razón y de la ley; otros anunciaban la inevitable desaparición del capitalismo. Pese a que luego se conoció el desencanto de los creyentes (André Gide caminó frente a estos lamentos que se sucedieron hasta bien entrado el stalinismo), los filósofos de la sospecha habían ganado la partida.

Ahora bien, ¿tenía sentido en el Plata semejante ins-

talación ideológica, mucho más virulenta, creo yo, del lado argentino que del lado uruguayo? Pocas cosas, hasta ni me atrevería a señalar el doloroso impacto de la crisis de los años treinta que nos quebró la continuidad institucional, justificaban esa atmósfera de fin de los tiempos tan bien cultivada por los ideólogos de ocasión. Lo extraño de todo esto es que el lente ideológico de la decadencia hizo de nuestras patrias un paisaje melancólico muy distante de los individuos de carne y hueso que daban a luz una vida cotidiana mucho más rica y creadora.

Acaso esta contradicción entre ideología y realidad, esta incapacidad de una realidad espontáneamente constituida para generar un discurso legitimador propio, que prestara atención a nuestros hallazgos con el objeto de perfeccionarlos paso a paso, explique en parte nuestras frustraciones y la declinación que nos aqueja en las últimas décadas. La decadencia, bueno es recordarlo, se anticipó en la imaginación de una inteligencia insatisfecha a la realidad. Muy pronto llegaría la declinación verdadera.

II

DECLINACIÓN, CRISIS Y RECONSTRUCCIÓN

La declinación en las sociedades del Plata no llegó, tampoco, como resultado del azar. Comenzó como hemos visto en el terreno de las ideas y más tarde encontró en la realidad de los comportamientos un terreno fértil donde arraigar. Posiblemente hayamos omitido, casi sin darnos cuenta, un presupuesto del progreso: que los logros acumulados en períodos favorables deben institucionalizarse con criterios flexibles. Recorrimos, en cambio, el camino contrario. Creímos que una Arcadia bien protegida tras estructuras rígidas podía durar indefinidamente y olvidamos que esas representaciones de la felicidad humana no existen en la Tierra: son visiones que están fuera del tiempo.

EL DESCENSO AL SUBDESARROLLO

Una década después de concluida la Segunda Guerra Mundial fuimos advirtiendo, con un desasosiego que esta vez sí tenía asidero en la realidad, cómo el progreso de nuestros pueblos es un proceso relativo a otros pueblos y a otras naciones. La literatura reciente acerca de la declinación de las naciones (Freund, Olson, Kennedy y tantos otros) ha insistido en un punto decisivo: que la declinación es una medida comparativa hacia dentro de las fronteras y hacia fuera de ellas. Por un lado las naciones declinan porque no tienen recursos suficientes para satisfacer las expectativas de poder y de consumo de sus miembros; por otro, esa declinación se produce porque frente al estancamiento hay otras naciones que crecen más rápido.

Es un cambio de perspectiva que rinde homenaje al genio de Gibbon, pues en la aventura del progreso no siempre se observa una traza de sentido único, vertical y ascendente. También ese impulso de la naturaleza humana puede detenerse en una meseta histórica y, de allí, descender. Parafraseando a Paul Valéry, hoy diría que uruguayos y argentinos sabemos que las civilizaciones del progreso son también mortales.

A comienzos de los años sesenta, nos encontramos navegando de pronto en esa zona inventada gracias a una ingeniosa conversión de las tres clases del antiguo régimen francés en un modelo para medir el éxito y el fracaso de las naciones en el planeta. Aun ocupando un rango decoroso en las escalas del producto bruto por habitante, de acuerdo con las definiciones en boga, pertenecíamos al Tercer Mundo.

El concepto propuso a nuestra tradición democrática un nuevo acertijo. Palabra típica de las ciencias sociales que acunaba la predicción con la profecía, el Tercer Mundo podía presentarse con modestia o convocar a la militancia: podía ser visto como una categoría cuantitativa para registrar diferencias entre las naciones o como un proyecto de liberación de las ataduras impuestas por el mundo desarrollado. En este último significado latía la misma promesa que acompañó el ascenso del tercer Estado; y quizás algún protagonista, empeñado en descubrir una vía

original con formas de gobierno situadas en un punto intermedio entre la democracia y el régimen de partido único, haya soñado con saludar a este Tercer Mundo emergente con aquellas palabras que catapultó Sièyes contra la aristocracia y el clero del antiguo régimen: el tercer Estado es nada y quiere ser todo.

Esta manera de irrumpir en la historia cuadraba en las naciones que venían de un reciente pasado colonial. Quizá por ello esa idea fuerza no cuajó entre nosotros con tamaña carga de profecía. Fue más bien una comprobación, ahora sí resueltamente melancólica, de que nuestras formas políticas no generaban más progreso. Pero, además, aquella sensación de incapacidad y de fatiga con la vieja legitimidad democrática fue el preámbulo de lo peor, porque si bien la trágica violencia de los años setenta tiene para el estudioso de la política comparada en el Uruguay y en la Argentina raíces diferentes, situaciones y escenarios diversos, no hay duda de que ambas experiencias están estrechamente vinculadas.

Apareció en el Plata un fenómeno que aunaba dos credos aparentemente contradictorios: la fe de quien con desprecio de los medios busca el reino del absoluto en la Tierra marchó junto con la regresiva fuga de la imaginación revolucionaria hacia un pasado mítico que se consideraba sepultado por nuestro primer proceso de modernización. En un caso y otro, el resultado ha sido semejante. A la violencia se respondió con la violencia; nuestras viejas libertades no soportaron aquella terrible prueba. Para qué volver sobre el dolor y la muerte.

EL HECHO DEMOCRÁTICO

Si la década pasada no hará honor en nuestros países a lo que Acton llamó la historia de la libertad, la década del ochenta tiene en el Plata un sentido democrático inequívoco. Hay mucho que retroceder en este siglo para que el análisis político pueda observar en el Uruguay y en la Argentina dos democracias comparables como las actuales, donde rigen las mismas garantías constitucionales, las libertades públicas son irrestrictas y la competencia electoral es abierta y sin trabas.

El hecho es tan novedoso, insisto, que, para realizar un ejercicio que tenga en mira regímenes políticos democráticos comparables, es preciso volver a las décadas del 10 o del 20 cuando Batlle, Brum o Serrato gobernaban el Uruguay y Sáenz Peña, Yrigoyen o Alvear, la Argentina. El Uruguay democrático que se desenvuelve entre principios de los años 40 y fines de los 60, con la experiencia del gobierno colegiado y la alternancia de 1958, no tiene correlato político en la Argentina de aquella misma época con sus crisis concurrentes de legitimidad y participación que segaron la posibilidad de instaurar regímenes genuinamente competitivos.

¿Qué proyecto innovador ofrecen estas democracias? ¿Cuál es el peso de las tradiciones que, precisamente, nos llevaron al desencanto y a la crisis? Preguntas ambiciosas que exigirían respuestas mucho más vastas que las que aquí puedo ensayar.

Acaso un camino posible consista en reflexionar nuevamente acerca de dos problemas clásicos de la teoría política: la libertad y la igualdad. He dicho más arriba que jamás la teoría y la práctica democrática podrán reconciliar plenamente estos valores; y además su institucionalización presenta alternativas diversas. Ha escrito con razón Sartori "...que lo intrincado de la igualdad excede a las complejidades de la libertad. Lo que explica por sí solo por qué controlamos las técnicas de la libertad, pero no así las técnicas de la igualdad".

El problema así planteado es acuciante para nuestros países ya que una de las características principales de las naciones de inmigrantes es que a ellas les ponen en movimiento, como diría Montesquieu, dos pasiones, dos resortes básicos. Antes que nada la inmigración es una ruptura y nadie se aparta de sus orígenes para reproducir en otro contorno el círculo de la opresión y de la penuria. El acto de inmigrar está, pues, impulsado por dos sentimientos individuales: ser libres y ascender. Desde luego que estos procesos no describen, ellos solos, la infinidad de hábitos y estilos que dan forma a una sociedad global, pero quiero destacar el hecho de que esa decisión por el destino de cada uno, que los convocaba a una vida mejor, marcó con su

sello nuestros logros y nuestros conflictos. No somos ni seremos sociedades en reposo.

¿Dónde alojar estas pasiones? ¿En qué estructura institucional tendrán cabida los procesos y garantías que les den sentido y continuidad? Digámoslo sin vueltas: la experiencia en el Plata nos muestra en estos días que más confianza popular hay depositada en las técnicas de la libertad que en las técnicas de la igualdad. Mucho más alta es la legitimidad de las instituciones de la libertad política —los partidos, las elecciones, los órganos representativos— que la legitimidad de las instituciones que alguna vez fueron emblema de la igualdad: la educación popular, la seguridad social, las agencias fiscales.

Las primeras instituciones ya no despiertan ni el espíritu de fronda ni la impugnación violenta; están aquí para quedarse y para ser vehículo de una sociedad en busca de nuevos rumbos. Las segundas instituciones, en cambio, presentan un cuadro anémico y un agotamiento preocupante. Reflejan a su manera, obvio es enunciar este diagnóstico, una creciente parálisis del Estado. Cuestión decisiva que somete a debate las técnicas tradicionales para atender a un concepto de igualdad mínima, en tanto punto de partida común a todos los habitantes, y pone sobre el tapete la gran incógnita de saber hacia dónde se proyectarán las demandas de cada uno de nosotros.

ESTADO Y SOCIEDAD CIVIL

Digo bien proyección, es decir, imágenes anhelos que se fijan en un objeto. No parece desacertado apuntar que los sentimientos subjetivos de igualdad buscaron cauce al principio en el seno de nuestras sociedades. Ese fue el espacio donde criollos y extranjeros tejieron la cultura espontánea de las ciudades, de los barrios y pueblos de campaña que cobraban color local sin mayor planificación previa. El Estado no tardó en hacer valer un papel complementario en aquel escenario de contrastes, inspirado en la idea altruista, que comenzó a rodar en el pensamiento político del Renacimiento, de que el buen gobernante es quien sabe encauzar los sentimientos y pasiones hacia un bien público querido.

Los resultados esperados de aquella proeza inicial son conocidos: la escuela pública, por ejemplo, convirtió en lenguaje común el mosaico de voces que se depositaba en nuestras orillas. Faltaba sin embargo observar la otra cara de los acontecimientos porque, como sucede en muchos procesos históricos, las consecuencias no queridas tardaron más tiempo en ser percibidas.

Estos efectos produjeron una asombrosa ampliación del objeto donde proyectar nuestras demandas, lo que llevó a que el Estado adquiriera, paso a paso, sin que obstáculos de fuste se alzarán frente a su propósito, los atributos de un principado que acumula propiedad y distribuye privilegios destinados a favorecer, por regla general, a los que más tienen. De este modo se invirtieron los papeles. En el ochocientos, las así llamadas burguesías nacionales, merced a un vocabulario hartamente impreciso, nacieron en la sociedad civil para limitar más tarde al Estado; aquí y en América latina creímos que podíamos fabricar esas burguesías facilitándoles cuidado y andadores.

Muy pronto esas criaturas se multiplicaron y crecieron, pero no limitaron al Estado sino que lo asediaron con demandas cada vez más complejas. De donde las primitivas demandas por la igualdad se desdoblaron en exigencias que reprodujeron la desigualdad. He aquí, pues, el trayecto recorrido: si anteriormente el programa de un gobierno democrático tenía en mira la sociedad para controlarla en algunos aspectos o regularla en otros, hoy el problema número uno que acosa a cualquier gobernante en nuestra región es el de controlar el Estado.

A ello se suma otro cambio de papeles tanto o más sugestivo. Los filósofos de la Ilustración representaban a la sociedad civil como un conjunto para adquirir su propia autonomía; bastaba romper aquella corteza opresora para dar rienda suelta a la libertad. Este venerable argumento recorre ahora en el Plata el itinerario inverso: ¿podrán acaso nuestros regímenes democráticos infundir en la sociedad civil el mismo grado de libertad e igualdad ante la ley que rige en la esfera política? De la sociedad a la política, ida y vuelta. Es un interrogante que sacude a nuestros países con la misma fuerza que parece agitar a una parte importante del planeta.

III

LA ESPERANZA DE FIN DE SIGLO

Volvamos nuevamente nuestra mirada al mundo que nos rodea. Empequeñecido minuto a minuto por la revolución de las comunicaciones, en nuestro contorno más vasto ha resurgido un viejo tema. Hoy la mayor parte de las dirigencias mundiales tiene conciencia de la esencial limitación de la naturaleza humana para controlar los procesos históricos. De un golpe, en muy poco tiempo, una sucesión vertiginosa de hechos, sobre todo en los países del Este, parece contradecir el gran designio del siglo xx. Es como si la voluntad de dominar al azar y regular hasta el mínimo detalle a una población inmensa y creciente se hubiese rendido ante su propia incapacidad y propusiera a la libertad un armisticio.

DIFICULTADES DEL TOTALITARISMO

¡Quién lo hubiese creído hace cuarenta años! En 1949 George Orwell eligió el año de 1984 como título de una obra en la que describía la victoria definitiva del orden totalitario. En aquel mundo concentracionario del futuro el ministerio más importante era aquel que manipulaba la historia según el dictado de una guerra perpetua entre Estados imbuidos de idéntico propósito: la esencia del totalitarismo no sólo consistía en la supresión de las libertades sino en la permanente mistificación del pasado.

Juegos de la imaginación: la realidad los ha disipado con un soplo libertario tan vigoroso que cuesta abarcar con mirada atenta lo que está ocurriendo en Europa oriental y en la Unión Soviética y lo que se frustró provisoriamente en China. Nadie que yo sepa —espectadores y protagonistas de la política mundial— habría osado pronosticar una revancha de las libertades tan elocuente y una resistencia tan eficaz de las diversas tradiciones —religiosas, culturales o regionales—, ocultas y reprimidas durante largos años tras la fachada de la uniformidad.

Decíamos al principio que no era fácil precisar el tér-

mino de la era de los totalitarismos: ¿Habrá llegado ese final? Seamos cautelosos. En todo caso asistimos en este momento a un intento de transformación del orden totalitario por reforma interna. Este conmovedor renacimiento del liberalismo político, este esfuerzo de millones de almas por recuperar su esencial dignidad, es fruto de la gravitación de ellos mismos: polacos, húngaros, alemanes y distintas nacionalidades en la Unión Soviética, que mueven a los gobernantes a reformar su sistema político.

Alcancen o no el éxito deseado, el significado de estos hechos es para nosotros trascendente. Primero, porque ha vuelto a cobrar legitimidad en el horizonte mundial la ética reformista, es decir, una razón pública que deliberada y conscientemente pretende generar cambios sin recurrir a la violencia. Segundo, porque este hipotético crepúsculo del orden totalitario refuta, por ahora, el pronóstico pesimista que no veía posibilidad alguna de cambio interno dentro de unas estructuras indemnes a la transición hacia nuevas formas políticas.

Al fascismo y al nazismo los había derrotado desde fuera; la Unión Soviética, antes de Gorbachov, remedaba un régimen congelado por la administración burocrática del partido único; en una palabra: si no sufría una conmoción externa mediante una guerra victoriosa, el totalitarismo representaba en el siglo xx el papel del actor que cierra la historia (el carácter revocable era propio de los regímenes autoritarios —dictaduras de diversa laya de civil o de uniforme, populistas o reaccionarias— a las cuales nuestro continente latinoamericano ha rendido una pertinaz pleitesía).

Estas conclusiones eran moneda corriente hace pocos años. Situados ahora en el hemisferio norte de Europa y de los países asiáticos parecen haber sido pronunciadas en un tiempo remoto, en aquel período, cuánto más próximo según la cronología, que Aron bautizó como la época de las religiones seculares. Se trataba, a los ojos del autor de *El opio de los intelectuales*, de un reingreso del absoluto en la historia, de una suerte de reinstalación de la parusía en este mundo que impulsaba a los creyentes a construir un reino perfecto.

RELIGIONES SECULARES

Esa puesta al revés de la promesa escatológica del cristianismo tenía para Aron un doble significado: provenía de una lenta preparación ideológica que se radicalizaba y servía para justificar la toma del poder por minorías violentas, si la economía y las instituciones sociales de las naciones donde tenía lugar esa disputa eran incapaces de ofrecer progreso, estabilidad y seguridad. Las religiones seculares fueron pues un sustituto para millones de seres desesperados que tenían hambre y buscaban protección.

Sobre todo, aquella vuelta de tuerca de la imaginación humana seducía a toda clase de gente, ignorantes e intelectuales, hasta el punto de provocar en ellos una adhesión que encubría los peores crímenes. ¿Por qué las religiones seculares han dejado de seducir? Aron no vivió el tiempo suficiente —murió en 1983— para explicar los cambios del último lustro. Pero supongo que habría llevado hasta las últimas consecuencias los presupuestos de su propia teoría: las religiones seculares y las pretensiones de dominación totalitaria disminuyen, en efecto, cuando las democracias pluralistas se consolidan generando más riqueza y por ende más crecimiento y mejor distribución.

Por eso, ya en los años 60, por boca de Lipset, Daniel Bell y el mismo Aron, entre otros, pudo hablarse de una declinación de las ideologías de inspiración totalitaria en el mundo occidental. Las venían derrotando los métodos políticos y económicos que reconocieron a la libertad como fundamento necesario de la acción humana. Hace un cuarto de siglo, siendo estudiante en Europa, todavía se presentaba a la planificación imperativa, basada en el papel predominante de la empresa pública, como un método tan eficaz como el capitalista para asegurar un crecimiento sostenido. Hoy, frente al disloque de las economías de tipo soviético, la propuesta no resistiría el menor análisis. El éxito de las economías abiertas atrae al mundo comunista hacia Occidente.

Cambio de circunstancias y cambio de humores. Hace exactamente treinta años, en una admirable meditación acerca de John Stuart Mill, Isaiah Berlin observaba las edades en que la libertad fue respetada como "oasis en el

desierto de la uniformidad, intolerancia y opresión humana". Hoy, un planificador del Departamento de Estado del gobierno de los Estados Unidos, Francis Fukuyama, en un raptó de optimismo digno de las mejores filosofías historicistas, puede afirmar que estamos presenciando "la universalización de la democracia occidental como la forma final de gobierno humano".

ENTRE EL NORTE Y EL SUR

¿Quién podrá acertar? ¿Tienen sentido estas predicciones tan poco compatibles con el sabio realismo de Berlín, un humanista que siempre navegó "contra la corriente" (tal el título de una de sus obras) y contra las seducciones que venían del Este? Creo que la pregunta vale para las naciones del Plata y de América latina.

Las razones de esta actitud que desconfía del optimismo dogmático son varias. Quiero destacar solamente una hipótesis que quedó pendiente cuando reflexionamos acerca de la libertad y la igualdad. Está claro, en efecto, que a remolque de las mutaciones del último lustro hemos recuperado la democracia y todavía no hemos ganado el desarrollo. No hay por qué pecar de impaciencia en este aspecto, pero tampoco podemos recaer en el conformismo que nos llevó a la debacle.

Estamos en América latina. Y cuando se comparan las promesas del hemisferio norte con las sombras que arroja el hemisferio sur; cuando se colocan en un platillo de la balanza los auspicios de una Europa libre, cuyo espacio podrá extenderse —como conjeturó De Gaulle— del Atlántico al Ural, y en la otra mano ese nuevo "laberinto de la soledad" (pido prestado a Octavio Paz el título de su inolvidable ensayo) en el cual deambulan estas naciones nuestras olvidadas por el centro de la civilización; cuando el espectador se enfrenta con estos contrastes colosales, no puede menos que reconocer la patética ambigüedad del progreso político: un progreso que no es lineal como el científico, que marcha a saltos, que avanza y retrocede, que arrastra sedimentos de otro tiempo.

Junto con otras regiones del globo, América latina es el lugar de estas sobrevivencias. Mundo de contrastes, de

culturas reprimidas durante siglos, que estallan incontenibles, donde la búsqueda del absoluto en la historia guarda aún sentido para muchas minorías. Cualquiera que sea su signo, quienes recurren a la violencia abrevan en el empobrecimiento urbano y rural y en esa mezcla persistente de modernización y atraso acerca de la cual parece hasta superfluo insistir, tanto se viene diciendo desde hace tantos años.

Para entender esta frustración la historia del Plata puede brindar alguna respuesta, porque, al anticiparnos a muchas cosas que ahora ocurren sabemos que el error no sólo lo impone la dependencia externa o el peso de un pasado inmune a la innovación. Naciones de inmigrantes, hemos sufrido la prueba más desgarrante, con esos centenares de miles de hijos y nietos de aquellos pobladores que buscaron otros horizontes y se fueron.

LA DISCIPLINA REFORMISTA

Resignada comprobación: en el juego político del acierto y del error, nuestra responsabilidad personal se lleva la parte más importante. Quizá por ello los hallazgos y logros de fin de siglo no nos tomarán nuevamente tan de sorpresa. He procurado mostrar que las expectativas de reconstrucción política y las corrientes de inversión se dirigen hacia otras regiones del hemisferio norte y no reparan, con interés semejante, en lo que nosotros estamos ofreciendo. ¿Qué nos queda entonces?

Creo que para la democracia en el Plata hay un camino capaz de superar la ingenuidad del optimismo dogmático sin recaer en un simétrico pesimismo: es la disciplina que impone la ética reformista, una dimensión de la autoridad, diría a título complementario, semejante a la que hicieron suya los reformistas del Plata de principios de siglo. Naturalmente, el contenido de las reformas tendrá que ser ahora diferente, nuestras políticas tendrán que devolver poder de iniciativa a la sociedad en lugar de conservarlo o de acrecentarlo en el Estado y deberán integrar estrechamente a nuestras economías, pero en todo caso la exigencia del reformador es siempre la misma: actuar con

la virtud necesaria para lograr un efecto determinado. No es reformador quien solamente enuncia objetivos o grandes planes estratégicos.

Con esto quiero señalar que el arte de la reforma política es el arte de saber elegir los medios correspondientes a un fin deseable. En los *Fragments y notas inéditas sobre la Revolución* Tocqueville escribió estas palabras: "Lo que perdió la Nación en el 89 no es la falta de ideas precisas en materia de reformas, sino la ausencia de ideas precisas justas o realizables sin revolución". A doscientos años de estos acontecimientos, la cuestión no ha perdido relevancia. Sin medios eficaces las reformas pueden caer en saco roto o ser sustituidas por otra propuesta incompatible con la legitimidad democrática. Tal parece ser el rumbo con el cual enfrentar esa atmósfera cargada de conflictos que rodea de inmediato a los gobernantes en nuestros países: privilegios legales, arrogancia corporativa dentro y fuera del Estado, inercia del poder burocrático, anomia fiscal.

La democracia representativa es el método más civilizado de cuantos ha inventado el hombre para volcar esa disciplina reformista en una obra de larga duración, pues renueva periódicamente las autoridades según una ley fundamental basada en la soberanía del pueblo. Si se me permite un juicio estrechamente ligado a mi obsesión por arrancar el estigma de la violencia de la sucesión política en la Argentina, diría que en el acto de la transmisión pacífica del poder está contenida la dignidad más grande que pueda apetecer un presidente saliente y un primer magistrado entrante: una misma ley los une; una misma Constitución los limita.

En pocos días más este hecho volverá a ser parte constitutiva de la República Oriental del Uruguay. Es la mejor compañía que una vieja y noble legitimidad puede ofrecer a estas reflexiones.